

# 7 MORAL CRISTIANA Y MORAL ATACAMEÑA

DOI: 10.22199/S07198175.2013.0001.00007

Mg. Xavier AYORA PINÓS

Recibido el 28 de mayo. Aceptado el 8 de julio de 2013.

## RESUMEN

El presente artículo intenta mostrar de manera resumida la visión antropológica moral del mundo atacameño que llega hasta nuestros días unido con la concepción cristiana de la vida. El paralelismo de creencias y consecuencias éticas entre ambas cosmovisiones nos aproximan a una reflexión sobre el valor intrínseco de las llamadas religiones naturales y el desafío constante de la inculturación de la fe.

**Palabras clave:** Moral, panteísmo, Pachamana, inculturación, fe, creencia.

## CHRISTIAN MORAL AND ATACAMEÑO MORAL

### ABSTRACT

This paper intends to show a brief anthropological moral vision of the "atacameño" world we currently know, linked to a Christian conception of life. The parallelism of beliefs and ethic conclusions between both cosmovisions lead us to reflect about the intrinsical value of the so-called natural religions and the constant challenge of faith inculturization.

**Key words:** Moral, Pantheism, Pachamama inculturization, faith, belief.

## Introducción

Los aportes arqueológicos y antropológicos en la Segunda Región, iniciados por el P. Gustavo Le Paige, el Dr. Lautaro Núñez y todo el cuerpo académico que continúa dicha investigación en la sede la Universidad Católica del Norte, en San Pedro de Atacama, nos muestran una lectura del hombre primitivo y antiguo de Atacama con su avance social y cultural, con un sentido comunitario profundo, bien organizado, propio de su evolución temporal y con un sentido trascendente de la vida, muy elaborado, dentro de lo que podemos llamar: “Cosmovisión central andina de Atacama”<sup>1</sup>.

Las prácticas alucinógenas ante el dolor de la enfermedad y la muerte; la forma y ajuares de los entierros; los sacrificios de animales y humanos para las divinidades; el culto a la cabeza decapitada y a sus muertos; el carácter mítico del cóndor y del puma; el sentido sagrado del agua y de la tierra; las cumbres y el sol; su relación con el sexo y el matrimonio, etc., nos hablan de un sistema cosmogónico que encarna cultura con sus derechos y deberes de la llamada “religión natural”. Todo ello nos muestra una cultura con un *ethos*, es decir, con una reflexión sobre su manera de valorar y organizar su existencia. Nos muestra una moral con una cosmovisión cíclica, dualista y animista, encerrada en un devenir que vuelve a su repetido retorno, y por ello todo ya está dado y sacralizado, y es inamovible, con posiciones de gran gratuidad y agradecimiento del don de la vida y de todo lo que la nutre, pero también con cierto intimismo y determinismo de la existencia.

En la cultura occidental de pensamiento judeo-cristiano, se entiende y vive el tiempo de forma no cíclica, o cerrada, sino histórica, abierta, es decir, lo que acontece tuvo un inicio y se encamina hacia su fin con una relación personal de la divinidad. Y un ser persona de manera única e irrepetible, donde la naturaleza se puede intervenir, dominar —que no quiere decir expoliar—, por ello es importante

---

<sup>1</sup> Atacama está situada actualmente en la Segunda Región de Chile, aunque su influencia en el pasado está en el marco de la cosmovisión andina del sur de Perú, Bolivia y el norte de Chile.

no solamente de dónde se procede, sino sobre todo hacia dónde vamos, nos dirigimos o podemos llegar.

Esta cosmovisión de la antigua Atacama en muchos aspectos llega hasta nuestros días, dándose un sincretismo atacameño-cristiano, donde para muchos el concepto o idea de Dios es poco concreto e impersonal, lo cual afecta a la concreción moral, pero al mismo tiempo hay profundas raíces cristianas<sup>2</sup>.

De “pueblecito” aislado, sin luz ni teléfono hasta hace muy poco tiempo, se ha pasado a la ciudad con toda la oferta moderna de mercado y medios de comunicación social. De los campos y ganados, donde todo el mundo se conoce y el sentido del tiempo es impasible, se pasa a la rapidez e impersonalidad de los grandes comercios y supermercados, calles llenas de vehículos, turistas, industria computarizada por satélite y los grandes minerales del cobre... En pocos años todo ha cambiado... Hoy, el atacameño es un hombre y una mujer por necesidad y vocación abierto a los cambios de un mundo técnico, comercial e industrial, pero al mismo tiempo sus raíces de carácter milenario del desierto y alta puna, le hacen permanecer enraizado de manera muy sentida y profunda con su pasado dualista y animista, y a la vez penetrado y enriquecido por el espíritu cristiano.

Modernidad y tradición parecen ser el nudo en que se debate el desafío de la cultura atacameña. El hombre de Atacama, desde hace aproximadamente unos 100 años, y sobre todo en los últimos 50 años, se encuentra en un profundo cambio. La minoría étnica atacameña de alrededor de 150 mil habitantes en la actualidad, ha pasado —como decíamos antes— en un 95% de una vida agro-pastoril a una vida urbano-industrial-minera y de servicios. La geografía del desierto le da unas peculiaridades de cierto aislamiento de la vida sosegada y pacífica, y fuerte raigambre de sus “costumbres” dentro de la misma ciudad, cuyo fenómeno a nivel de asociación es la llamada “religiosidad popular” y, de manera especial, la participación en los “bailes religiosos”.

Pero, en general, la “anomia” o proceso de transición, como dicen los sociólogos, es muy impactante. La desorientación y falta de sentido es muy fuerte en mucha de su gente. La orfandad de valores, de referencias culturales y religiosas, el relativismo moral, hace sus estragos familiares y sociales, especialmente en los más jóvenes<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Firestone, Homer, *La Pachamama en la cultura andina*, 1988, Ed. Amigos del libro, La Paz, B0.

<sup>3</sup> Frankl, Víctor, *El hombre en busca de sentido*, 1991, Ed. Herder, Barcelona, ES.

El llamado proceso de secularización también llega hasta esta Iglesia de joven crecimiento. Costumbres atacameñas, fe cristiana y secularización son el tríptico de una realidad desafiante para la inculturación de la fe cristiana ante los cambios que se producen en este desierto minero de constantes movimientos de gentes, venidas de todo el país y también ahora de otros países, donde al hombre preandino le surgen nuevos modos de ver, sentir, pensar, trabajar, celebrar, descansar...<sup>4</sup>.

### **Reflexión desde la fe cristiana**

Uno de los desafíos constantes de la misión cristiana es la llamada “inculturación de la fe”, la relación fe-cultura. La fe, como todo valor humano, la recibimos a través de una mediación cultural en un espacio y tiempo determinado, y por ello produciendo una historia de vocación irrepetible. Distinguir el medio y el fin, el contenido y el continente, en cualquier actividad es tarea de discernimiento constante. La Iglesia, una vez que se abrió al mundo heleno-romano, tuvo que inculturizar la fe, poner la fe en la cultura de nuevos pueblos. Cabe recordar que los mismos Evangelios están destinados a culturas y comunidades distintas con el fin de facilitar la mejor comprensión del mensaje.

La exégesis bíblica nos dice que toda la historia de la Salvación (Antiguo y Nuevo Testamento) está marcada por la Verdad revelada por Dios a través de sus mediaciones culturales propias, pero también con modelos culturales de los pueblos vecinos, y con la orientación debida a su propia fe va creando su personalidad cultural.

A finales del siglo IV, cuando el Emperador Teodosio instituye el cristianismo como religión oficial del Imperio Romano, los templos y las estatuas de la mitología greco-romana se van sustituyendo por basílicas e imágenes de los apóstoles, la Virgen y los mártires. Se adoptó un sustrato cultural como vehículo para presentar la nueva fe.

La aporía o dificultad fue inevitable en la historia de la Iglesia a nivel fe-cultura en los siglos XVI-XVII. La Reforma de Lutero y la Contrarreforma católica, el descubrimiento de Occidente del Nuevo Continente y las primeras misiones con la llamada “adaptación de la fe” por los jesuitas Roberto Nobili en la India y Mateo Ricci en China, o las llamadas “Reducciones de Paraguay”, tuvieron buen inicio y

---

<sup>4</sup> Cfr. Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 1964, n° 54.

esperanzado desarrollo, pero pronto se impuso la normatividad de Roma, concretándose con el primer Concilio de Lima en el que hombres romanos estaban muy lejos de comprender la verdadera realidad cultural que descubrían los misioneros de su época.

Es también con la Ilustración del siglo XVII, el racionalismo del siglo XVIII, el darwinismo del siglo XIX, el avance de las ciencias, etc., que aumentaron las defensas de la Iglesia hacia un cierto inmovilismo. Entrados el siglo XX, con la antropología cultural, se rompió el etnocentrismo eclesial que permitió la elaboración de acoger la diferencia: el derecho de cada cultura, a su identidad, a la defensa de su dignidad, pasaron a ser axiomáticos<sup>5</sup>.

Una carta del fallecido P. Arrupe, S.J., en 1978 a la Compañía de Jesús, decía: "Inculturización significa encarnación de la vida y el mensaje cristiano en una concreta área cultural de la vida, de tal modo que esta experiencia no sólo lleve a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión —cosa que sólo sería adaptación superficial— sino que se convierta en principio inspirador, normativo y unificante, que transforma y recrea esta cultura, dando origen a una nueva creación".

Podemos decir que el mensaje del Evangelio no puede ensombrecerse por la cultura, pero sí necesariamente tiene el desafío de darse a través de ella, enriquecerla y recrearla; éste es el desafío constante de la Iglesia de Atacama, cuyo patrimonio no se reduce a lo puramente pastoral-eclesial, sino a todo lo institucional cristiano-católico como los múltiples servicios sociales a los más necesitados o al mismo mundo de los medios de comunicación social, la enseñanza básica, media o universitaria<sup>6</sup>.

Al comprobar la fe cristiana y las creencias atacameñas es importante recordar que todo lo que es humano, necesariamente, es cultural en cualquier nivel que tomemos el fenómeno humano, y que la religión —tal como lo muestra la historia— configura una de las mayores, sino la mayor, creaciones de la cultura humana. Por la religión pasan las aspiraciones y esperanzas más profundas de la humanidad y se dan las respuestas a los interrogantes más anheladas y desconcertantes de la existencia que nadie, con más o menos profundización, puede eludir.

---

<sup>5</sup> Concilio Vaticano II, *Ad Gentes*, N° 12.

<sup>6</sup> Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n° 57-59.

En la religión se mantienen los conceptos y vivencias últimas que tienen que ver con la necesidad de liberación y salvación que trasciende al mismo ser humano, la búsqueda de sentido, de la finalidad. Por ello, toda cultura produce su religión, es decir, organiza las respuestas a la sed de radicalidad y de perpetuidad del ser humano de todos los tiempos.

La secularización, con el fenómeno del gnosticismo y ateísmo, no deja de ser un “*ethos* religioso”, ya que absolutiza la inmanencia creando nuevos mitos que responden de alguna manera a las aspiraciones de sentido profundo y permanencia del ser humano<sup>7</sup>.

Este fenómeno simbiótico de “religión-cultura” tiene su lectura teológica-cristiana. Podemos decir, sin temor a equívocos, que las religiones son respuestas dadas con mayor o menor fidelidad al llamado de Dios. Las religiones son como reacciones a la acción primera y provocadora de Dios. Podemos decir, de alguna manera, que cuando llegaron los españoles a Atacama, hacía siglos que Dios ya había llegado<sup>8</sup>. En términos más radicales, podemos decir que Dios se revela como Trinidad, como misterio de comunión en tres personas divinas. Siempre se auto entregó a la creación y a la vida de cada persona, y se fue revelando a las comunidades humanas bajo la forma de acoger lo gratuito de la vida y de un más allá de la vida terrenal, de crear vínculos de sociabilidad, de apertura comunitaria y fraternal, de creación estética, artística, de amor y capacidad de entrega y también de renuncia y protesta contra la ausencia de estos valores morales. Toda la humanidad es hija en el Hijo de Dios, todos somos movidos por el Espíritu de Dios, todos somos atraídos hacia Dios Padre.

Junto a esta positividad —tal como se muestra en la historia del hombre de Atacama—, a esta gracia, también está presente la negatividad, la libertad y responsabilidad del acto moral que se cierra a la vida, lo que llamamos *pecado*. Es también la historia del rechazo, del torpe egocentrismo narcisista hasta la exclusión de los otros y la negación al llamado del misterio de Dios. En sí, todo hombre es Adán y Eva. Todo hombre y mujer es Cristo —decía San Agustín— con finísima

<sup>7</sup> Benzo, M., *Teología para universitarios*, 1984, Ed. Cristiandad, Madrid, ES., pág. 75.

<sup>8</sup> En la constitución dogmática *Dei Verbum*, nº 3, del Concilio Vaticano II: “Dios se manifestó así mismo desde los orígenes de nuestros primeros padres... veló permanentemente por el género humano”. “De muchos modos y muchas veces habló Dios a los seres humanos” (Carta a los Hebreos, 1,1) San Juan tiene conciencia de que “El Verbo de Dios ilumina a cada persona que viene a este mundo” (Jn.1,4).

percepción de las contradicciones reales. La cizaña y el trigo se acompañan en la dialéctica de la historia.

El Concilio Vaticano II nos recordó y enseñó que la revelación de Dios es su gesta salvadora en la historia, generando vida en abundancia y queriendo la auto entrega del propio Dios a la vida de las personas y a la creación. Todo esto abrió espacio para una evaluación positiva de la historia de la humanidad, impregnada de gracia y pecado pero con la victoria final garantizada por la gracia. Por ello las religiones, dentro de la historia de la humanidad, merecen una consideración positiva. Todo esto fundamenta la libertad religiosa, el ecumenismo, el diálogo entre las religiones<sup>9</sup>.

Desde esta perspectiva, podemos decir que en la cultura de Atacama ya significó una respuesta con factores positivos, otros negativos y otros ambiguos a la propuesta de Dios. Podemos admitir sin dificultad que dentro de esta cultura atacameña siempre existieron brotes del Reino de Dios, signos de la Gracia, señales de la presencia del Verbo y signos de la actuación del Espíritu y, por ende, los valores morales en sus creencias y costumbres. En su cultura hay algo de Antiguo y Nuevo Testamento, es decir, Dios ya se fue revelando y entregando en Atacama de manera progresiva hasta entregarse a sí mismo a toda la humanidad, a cada hombre y mujer en el anuncio, testimonio y celebración de la Iglesia; del hombre Jesús de Nazaret. Y lo más importante no es que Jesús sea judío, de cultura mediterránea, con su pan, vino y aceite como alimentos primordiales del alimento de la vida y la cultura, como en Asia sería el arroz y el saque o en los Andes el maíz y la chicha, sino que su humanidad entera trasciende las formas y maneras culturales, siendo asumida por la divinidad entera.

Toda esta afirmación constituye la positividad de la fe cristiana que se ofrece como propuesta de libertad para recibir a todas las personas, en sus maneras de organizar y reproducir la vida y el desafío constante por parte de la Iglesia, es decir, por todos los bautizados, de encarnar el mensaje de la fe en cada cultura.

### **La inculturización de la fe en Atacama**

La inculturización de la fe cristiana que dejaron las primeras generaciones de misioneros franciscanos en el norte y jesuitas en el sur de Chile, como en tantas partes de Latinoamérica, es sorprendente y admirable, y aunque estaban en una

---

<sup>9</sup> Ver: Concilio Vaticano II, *Dei Verbum; Gaudium et Spes; Nostra Aetate; Dignitatis Humanae*.

concepción social teocrática, se deben distinguir de los intereses políticos y económicos de la época. De hecho, llegaron al alma de estos pueblos con un saber antropológico y religioso muy profundo y certero, cuyo trabajo es referencia obligada de la labor pastoral para la Iglesia de nuestros días.

Recordemos cómo el hombre de Atacama —como en México y otros lugares— debió abrirse al nuevo mensaje, por encima y a través de las dificultades culturales y políticas de cada época. Pero —a mí entender— la aceptación e integración de abrirse al nuevo mensaje de los misioneros hay que entenderla también desde la perspectiva cultural indígena, la cual, a la llegada de los españoles, tenía una filosofía y teología natural muy elaborada.

“¿Cómo se explica que en sólo cuarenta años de la conquista, en Potosí, las iglesias tuvieron que hacer grandes atrios para acoger a los indios en las celebraciones litúrgicas, donde no habían bancas y todos participaban de pie, donde las iglesias tenían que acoger por la noche a la multitud de peregrinos que se quedaban a pernoctar en los templos? Si la semilla del Evangelio, su doctrina y la mano que la sembraba, era buena, hemos de concluir que la tierra que la acogió tenía condiciones extraordinarias para crecer y fructificar”<sup>10</sup>.

El atacameño tiene una sensibilidad muy especial ante el hecho del dolor y de la muerte, y como en todas las culturas se inspiró y organizó para darle una respuesta que apaciguara sus miedos y temores y respondiera a sus esperanzas. Organizó sus ritos de control ante las amenazas de la destrucción de la vida que continúa más allá de la muerte, con la confianza de reunirse con sus antepasados en el Arajpacha.

Al parecer, el aporte cristiano no violentó ni contrarió formalmente sus creencias más antiguas a pesar de su poligamia organizada, con los arquetipos arcaicos de su subconsciente colectivo sobre los difuntos y la vida eterna. Más bien los iluminó y profundizó.

Veamos algunas analogías de las creencias antiguas de Atacama con el mensaje cristiano. La inculturización de la fe con la esperanza de una Arajpacha, Abuelo Todopoderoso, o Dios Padre lleno de justicia y misericordia que nos da a su Hijo, a un hermano mayor, gran jefe o Señor nacido de una Virgen, la Pachamama, que es fecundada por Inti, el sol, la luz de lo alto, el Espíritu de Dios, para hacernos a todos los hombres hermanos y herederos de la misma deidad en una

<sup>10</sup> Nuñez, Lautaro, *La catolicidad en Atacama*, Conferencia, 1995, IV Encuentro de Pastoral Andina del Norte de Chile, Calama.

nueva y gran Comunidad o Pueblo de Dios que es la Iglesia, la cual un día también se reunirá con sus antepasados. Y para ello, si es necesario, podrá reparar sus pecados, su purificación espiritual en el Purgatorio o espíritu de los cerros para después gozar de la felicidad eterna de Dios, descansar con los antepasados...

La iconografía de los ángeles con sus alas de plumas que bajan y vienen de lo alto, del cielo, de la divinidad, recordando al cóndor...

La pregunta es: ¿La novedad cristiana reforzó e iluminó las propias creencias atacameñas? ¿O éstas se abrieron a una nueva dimensión y perfección teológica y moral? ¿Empezaron a suceder ambas cosas?...

En la creencia más antigua y actual popular, después de quinientos años de presencia cristiana, que no quiere decir que haya sido siempre de evangelización, tiene una fe en la vida "*post mortem*", con una justicia retributiva divina, y el miedo a las "almas" o "espíritus" está presente por el maleficio que pudieran causar, estando muy arraigado en el "*humus*" cultural.

Los procesos de verdadera conversión al cristianismo son verdadera liberación de todos estos aspectos persecutorios y amenazantes, que se viven desde la placenta de la madre, que se transmiten de manera oral y mimética desde la infancia y que se refuerzan en el grupo familiar y ambiente social, causando una impresión emocional difícil de modificar, de manera especial, si no se tienen otras lecturas o referentes de vida.

Sólo la conversión profunda y sincera causa cambios extraordinarios, pero éstos se dan de manera especial cuando el sujeto es capaz de reconciliar el mundo cultural-ancestral de su mundo interno con la experiencia espiritual del mensaje cristiano, es decir; el encuentro con la persona de Jesucristo. Dicha experiencia espiritual-personal y comunitaria va cambiando los valores morales que justifican su vida humana, sus ritos familiares y sociales, y la identificación más completa con sus aspiraciones socio-históricas.

En esta nueva vivencia de cambio, de conversión espiritual, es donde se da el cambio ético y moral del sujeto; una nueva relación consigo mismo, con el mundo y con los demás, que supera el animismo y las dualidades panteístas, unificando su persona en la persona de Jesús. Jesús se convierte en la norma y referente moral, en el paradigma, donde las aspiraciones subjetivas se van identificando con sus consejos, mandatos y prohibiciones, donde la comunidad eclesial es desafío y crecimiento de verdadera fraternidad.

### **La moral cristiana y la moral atacameña**

En este apartado no se trata de presentar lo cristiano versus lo atacameño, sino de hacer un paralelismo que nos ayude a entender mejor lo cercano y lejano de cada concepción espiritual y moral.

La moral cristiana está centrada en el misterio de Dios y el misterio de la persona. Desde el punto de vista histórico la espiritualidad fue siempre mistagógica. Su objetivo fue introducir al hombre en la experiencia de Dios. La ascética, la mística, las virtudes, los ritos litúrgicos, etc., no son prácticas moralizadoras para evitar faltas, sino orientaciones para facilitar un contacto más íntimo con Dios y un encuentro más real con la verdad de sí mismo.

Una espiritualidad moralizadora tiene como principal objetivo evitar faltas y pecados, lo cual lleva a facilitar falsos escrúpulos de conciencia, y equipara la moral con la fe<sup>11</sup>. Es evidente que no existe vida espiritual sin vida moral. Pero la moral es una consecuencia de la vida en el Espíritu y no a la inversa. El anuncio, la vivencia y celebración de Jesucristo nos da el mejor instrumento en manos de Dios para ser tocados con su gracia moviéndonos a la conversión y renovación, y llenando más de esperanza que todos los intentos moralizadores.

Veamos ahora una aproximación formal en paralelo de las principales creencias religiosas y su consecuencia en la praxis de los valores morales cristianos y atacameños.

Dentro del pensamiento cristiano se advierte un “antropocentrismo radical”, el hombre nunca es un medio, sino un fin en sí mismo. Todo es medio para el bien del hombre y el hombre debe hacer buen uso y no abuso de todos los bienes reconociendo a su creador, lo cual pone las bases para superar el dualismo Dios-mundo. El pensar y sentir cristiano distingue a Dios como creador y a las creaturas como obra del creador. Se manifiesta en la creación, pero no es la creación. No hay dos principios antagónicos del bien y el mal como en la concepción maniquea o en las diversas mitologías donde hay fuerzas positivas y negativas que compiten con rivalidad. Para las religiones bíblicas la creación es obra positiva de Dios, y el mal del mundo es entendido como carencia de bien o instigación de alguna creatura espiritual, pero sometida al poder creador de Dios.

---

<sup>11</sup> En el 1700 se impuso en Francia la tendencia moralizadora de Jansenio sobre la corriente mística; centró la atención espiritual en la evitación del pecado y especialmente en los pecados sexuales. Todo esto llevó a una estrechez de miras y angustias de conciencia, que aún hoy, a pesar del Concilio Vaticano II, perduran en algunos sectores de La Iglesia.

En la creencia antigua de la cosmogonía andina de Atacama, permanece el dualismo determinista entre el mundo y los espíritus que bendicen o maldicen, entre el doble culto a las divinidades benéficas del Arajpacha o las malélicas del Manqhapacha<sup>12</sup>.

Por otra parte, la religión cristiana es una religión histórica, bíblica; es decir, Dios sale al encuentro del hombre en el espacio y tiempo, se revela como persona, y el hombre es un ser único e intransferible llamado por Dios con una vocación espiritual y moral irreplicable, el cual debe responder al llamado del Señor de manera personal y comunitaria.

Las creencias atacameñas corresponden a una religión no histórica, donde la trascendencia está en la inmanencia, donde se tiene una concepción panteísta de la divinidad, donde todo emana, fluye, donde todo está transitado de divinidad, como en la concepción hindú y budista, lo cual favorece una actitud moral quietista, inamovible y sacral ante la naturaleza.

El antropocentrismo del culto cristiano a Dios se centra en un ser personal que interpela, sale al encuentro del hombre en la persona histórica de Jesús de Nazaret. En esta persona está la plena y definitiva revelación de Dios, el cual no sólo es medio sino fin de la fe y, por ello, de la revelación divina definitiva en la tradición bíblica y eclesial<sup>13</sup>.

El culto atacameño se centra en la divinidad telúrica de la Pachamama. Es un culto a las fuerzas cíclicas en la producción agrícola y ganadera de la naturaleza, por eso se puede decir que es un culto al beneficio sagrado de la vida, delimitado en la tierra, por lo cual todo está agrocentrado. La tierra es hierofanía, manifestación de lo santo y sagrado.

---

<sup>12</sup> El trabajo lento y cansado por la altura con el beneficio de la tierra y sus "aillos", quebradas y minerales, sus alimentos y animales, el sol, el agua, la vida comunitaria, la relación hombre-mujer, la vivencia tan fuerte y especial de la maternidad, los hijos, los ancianos, la "aloja", la "chicha" con sus "tinkas", la "patasca", la cazuela o asado de llamo, el mascar la coca, las fiestas de carácter geófaga y orgiástica con su música y sus bailes, los duelos y recuerdos por sus difuntos, etc., pertenecen a la "Akapacha", a la santa "Pachamama", a la tierra. En cambio, las enfermedades de personas o animales, las sequías, los odios, las rivalidades fratricidas, la irrupción de los volcanes, los temblores, los terremotos, vienen del "Manqhapacha", de las profundidades subterráneas, donde están los demonios, las culebras, los sapos, lo tenebroso, la oscuridad, el mal...

<sup>13</sup> Ver: *Culto, Diccionario de Teología Moral*, 1981, Ed. Paulinas, Madrid. ES.

Jesús exige fe en sí mismo. Con Jesús se introduce no un hecho pasado, cíclico o repetitivo, sino la introducción de lo último y definitivo en la historia. Cristo resucita para no morir jamás y ser asumido en Dios de donde procedió. Así también el cristiano que vive un destino terrenal semejante al de Jesús, vive por el Espíritu que en él opera, y de esta manera quiere hacerse historia en la historia de los pueblos en Dios.

La creencia de sobrevivencia más allá de la muerte, en la concepción atacameña aparece como algo impersonal. La materia no muere, se transforma, pero de manera difuminada. Uno se espiritualiza siendo río, cerro, lago, cordillera. Uno vuelve al ciclo cerrado de la madre naturaleza. La dialéctica de la existencia es cíclica, no histórica: la fe en las almas producida por el animismo conlleva gran respeto y amor, pero también temor a las almas de los muertos, y, por ello, las costumbres de los rituales para ahuyentarlas o venerarlas; el culto a los antepasados.

La Pascua de Jesús para el cristiano es paso de la muerte a la vida, el fundamento de su fe. Ya tuvo lugar la salvación, es el "ya", pero "todavía no", es el "kairós", la plenitud de los tiempos, y también aconteció el "eskaton", lo definitivo por la efusión del Espíritu de Dios. Pero todo esto todavía no es su plenitud que está cercana; "la Parusía". Y también todo ello se podría perder, pues el proceso personal y social puede interrumpirse ya que la fe es una opción, una identificación y adhesión espiritual-moral personal, una opción libre y responsable donde permanece la libertad moral de negarla o rechazarla.

En el mundo atacameño, al ser un ciclo de carácter mítico y por ello circular, delimitado en sí mismo, todo acontece en una trascendencia dentro de una inmanencia. Lo celestial es la divinización de lo terrenal, todo ya ha sido dado, y por eso se tendrá el deber moral de reconciliar el equilibrio cósmico perturbado en el año por las transgresiones cometidas, con los pagos a la tierra, con los ritos de sacrificios anuales u ocasionales de animales.

El bautismo cristiano, signo eficaz de la fe, que hace participar del misterio de Cristo, es camino que dispone y compromete hacia la renovada conversión, al perfeccionamiento espiritual y moral por amor en constante transformación. La moral es teónoma, parte de la conversión y, por ello, a la adhesión a la persona de Cristo encarnándose en una *diakonía*, es decir, en servicio a todo prójimo. En el amor es donde se manifiesta el Espíritu de Dios como trascendencia, que se encarna como inmanencia, el amor es lo celestial que se hace vida y, por lo tanto, historia en lo terrenal; lo divino que se hace humano.

Como ya dijimos, en el atacameño la concepción de la divinidad o de lo divino es difusa e impersonal, por ello el objeto formal de la moral no tiene una lógica concreta. Es así que la moral tendrá un carácter muy marcado de posición heterónoma, de confección de normas y ritos de obediencia externa, pero también de experiencia espiritual, interna, del control de la naturaleza junto con el sentimiento y experiencia de gratitud y gratitud propios que crea el beneficio de la tierra, las tradiciones con los vínculos familiares y comunitarios.

El cristianismo no se resuelve en un cuerpo doctrinal, en una religión de un libro o en una teoría social, sino por el hecho histórico de compromiso y acercamiento con el que está en situación de necesidad. En la cena del Señor en la cual se oyen estas palabras: “Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre”. El vino ya no significa la sangre del novillo por la que tenía lugar la renovación de la Alianza en el *Yom Kippur*, sino la sangre del mismo Jesús y, en él, la sangre del cristiano como compromiso de dar la vida por los demás hasta la entrega final esperanzada que es la propia muerte. La cena del Señor o Eucaristía es el sacramento de la hora de Jesús que también prepara la hora de los discípulos: “Haced esto en memoria mía”. Memorial que es historia y al mismo tiempo presencia actualizada de donación divina y compromiso espiritual y moral humano<sup>14</sup>.

En los sacrificios de llamas y corderos que actualmente hace el atacameño en los rituales de sus fiestas, en sus libaciones de coca y vinos a la tierra, quedan ubicados en la repetición cíclica del ritual anual, y ello implica a nivel comunitario y social, como grupo o pueblo, un rito moral de perfección, un no volver a transgredir las normas de sus costumbres, pero también agradecer, proteger y reafirmar las costumbres de sus antepasados.

El proceso cristiano remata en la resurrección-ascensión, en el misterio Pascual, es decir, en el ser asumido por Dios. En la resurrección-ascensión de Cristo es asumida la humanidad de Dios que se dio a sí mismo para siempre. Por esta ascensión, Cristo se constituye: Camino, Verdad y Vida, de tal forma que el acto moral carece de valor si no entra dentro de esta realidad cristo-céntrica. Sacular la sed de un hombre es un acto bueno no tanto porque esté de acuerdo con una ley y constituya un medio válido para perfeccionar al que así obra, sino porque afecta a la presencia real de Cristo sobre la tierra, lo afecta como sujeto y objeto, y es un acto de construcción del Reino de Dios<sup>15</sup>. La Ascensión de Cristo, y el cristiano en

---

<sup>14</sup> Cfr. Lc.22,20; Lv.16; Lc.22,19.

<sup>15</sup> Piana, G., *Diccionario de Teología Moral*, 1980, Ed. Paulinas; Madrid. ES. Cfr. Jn.14,16.

ella, conforma el objeto de la esperanza cristiana de la resurrección de entre los muertos, donde el misterio Pascual trasciende el espacio y el tiempo en un cuerpo renovado y glorificado, que no anula la personalidad única e irrepetible de la autonomía de cada persona, uniéndola en comunión de vida con todas las creaturas ascendidas en la dimensión de la eternidad indescriptible de Dios.

En la convicción y creencia en Atacama, como en todo el mundo centro-andino, también se da una ascensión de una vida superior a la actual, donde el amor y la paz son una realidad perfecta que nunca se podrá abarcar en este mundo. Pero el carácter es impersonal, donde uno pasa a ser parte de un todo, del panteísmo de la Pachamama, donde uno forma parte de un todo espiritual o especie de "Nirvana", de lo animado en alguna parte de la sagrada madre naturaleza.

Finalmente la revelación cristiana, dentro de su antropocentrismo, nos revela la imagen trinitaria de Dios (Jn.1,14). No es el hombre que se hace Dios, sino Dios que se ha hecho hombre para el hombre. No es el hombre que se autodiniza, sino Dios que se humaniza para divinizar al hombre. En la revelación trinitaria se advierte el remarcado antropocentrismo. El Padre es el origen (*arjé*) de una realidad que culmina como acontecimiento de todo lo creado. El Hijo es la norma (*paradigma*) al cual se debe ajustar todo quehacer y hacer de la vida teológica y moral. El Espíritu es (*neuma*) la fuerza como sentido y valoración, al mismo tiempo que es trascender histórico, dándonos la plenitud de la filiación divina<sup>16</sup>.

En la creencia centro-andina la tradición de los mayores, de los abuelos, de los "Tatas" o "Achaquilas", de los "Apus", de los "Espíritus de los cerros", indican las creencias panteístas y animistas que impulsan la tradición en su *ethos* o costumbres morales, donde se encuentra el sentido de su ser personal y comunitario, su ser social como pueblo. La naturaleza no es para el hombre sino el hombre para la naturaleza, pues en ella nace, crece, conoce, ama y se reproduce para un día descansar en su seno, volviendo transformado a su origen en el misterio de dar nueva vida.

## Conclusión

Como conclusión de este breve paralelismo general entre la cosmovisión cristiana y la atacameña, podemos decir que si en el nivel filosófico y teológico se distinguen dos maneras de interpretar y vivir la existencia, en la practicidad de la

---

<sup>16</sup> Rivera, Fernando, *Antropología filosófica*, 1985, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, ARG.

vida atacameña de hoy las creencias del pasado están mezcladas con las raíces de la tradición cristiana, dándose un auténtico sincretismo. Muchas veces se da una liturgia paralela, que al mismo tiempo y en muchos aspectos converge. Se rinde culto a la Pachamama, pero a la vez se ora a Dios Padre que nos dio la Pachamama que lo da todo...<sup>17</sup>.

Para la Iglesia, el trabajo de inculturación de la fe, y por ello de la evangelización de la cultura, será un desafío constante para penetrar más y mejor el alma atacameña sin que su cultura traicione el Evangelio. Pero al mismo tiempo recreando la riqueza de la misma fe, dándose a través de ella y enriqueciéndola.

En todo ello hay un peligro, un gran desafío de cómo educar y evangelizar la cultura de las nuevas generaciones que, por diferentes influencias ideológicas superficiales, se tienden a considerar extrañas y simplemente supersticiosas sus propias raíces culturales, vaciándose de verdadero sentido para su vida personal y familiar.

Las respuestas a tantos desafíos, a la rapidez de tantos cambios sociales, políticos, económicos y morales que afectan a comunidades, familias y personas concretas, en una cultura que camina en una interdependencia económica planetaria y, al mismo tiempo, teniéndose que autoafirmar en lo particular de su identidad, ¿puede encontrar en la sabiduría y gratuidad de la propuesta del Evangelio una respuesta al difícil equilibrio entre su autonomía, pero a la vez abriéndose a la solidaridad positiva de la modernidad y la llamada pos-modernidad, enriqueciendo su propia cultura? Para el pensamiento y la experiencia cristiana, sin duda que ésta es la respuesta, pero al mismo tiempo de desafiante y difícil concreción.

No cabe duda que la respuesta pasa también por la empatía de lo humano que genera de manera especial la vivencia universal de la fe, la cual nunca anula o absorbe la identidad particular, lo que facilita o amplía horizontes filosóficos y libera de etnocentrismos culturales, dando una visión de respeto y acogida de todo lo propio como atacameño, pero también abiertos a todo lo positivo de otras realidades.

Mg. Xavier Ayora Pinós<sup>18</sup>  
xayora@ucn.cl

---

<sup>17</sup> Esch-Jacob, Juliane, *Sincretismo religioso de los indígenas de Bolivia*, 1994, Ed. Hisbol, La Paz, BOL.

<sup>18</sup> Licenciado en Sagrada Teología y Magíster en Teología Moral por la Facultad de Teología de Barcelona, España. Profesor de religión en Enseñanza Media por la Universidad Católica del Norte.

### **Bibliografía**

- Benzo, M., *Teología para universitarios*, 1984, Ed. Cristiandad, Madrid, ES., pág. 75.
- Concilio Vaticano II, *Documentos*, 1993, Ed. B.A.C. Madrid, ES.
- Diccionario de Teología Moral*, 1981, Ed. Paulinas, Madrid, ES.
- Esch-Jacob, Juliane, *Sincretismo religioso de los indígenas de Bolivia*, 1994, Ed. Hisbol, La Paz, BOL
- Firestone, Homer, *La Pachamama en la cultura andina*, 1988, Ed. Amigos del libro, La Paz, BOL.
- Frankl, Victor, *El hombre en busca de sentido*, 1991, Ed. Herder, Barcelona, ES.
- Nuñez, Lautaro, *La catolicidad en Atacama*, Conferencia, 1995, IV Encuentro de Pastoral Andina del Norte de Chile. Calama.
- Piana, G., *Diccionario de Teología Moral*, 1980, Ed. Paulinas, Madrid, ES.
- Rivera, Fernando, *Antropología filosófica*, 1985, Ed. Guadalupe, Buenos Aires, ARG.
- Van Kesel, Juan, *Cuando arde lo sagrado*, 1991, Ed. Hisbol, La Paz, BOL.